

---

## LÉVINAS Y LA LIBERTAD DEL AMOR

---

*Dr. Jorge Peña Vial\**

La persona es entendida desde su responsabilidad por el Otro, no sólo en cuanto distinto que yo, sino en cuanto es origen de la propia subjetividad. Es innegable la coherencia del pensamiento de Lévinas, su radicalidad y el carácter alternativo que quiere darle a su filosofía. Como pocos ha denunciado las limitaciones de una filosofía centrada en la conciencia y el carácter inmanente de las principales corrientes filosóficas de nuestro tiempo. Destaca su crítica a la concepción de libertad como autoafirmación y autonomía, el énfasis de la responsabilidad en el pensamiento ético y la desigualdad, altura y primacía del Otro. La responsabilidad para con el Otro es la razón de ser del sujeto. Ahora bien, ¿qué tipo de responsabilidad es aquella que se concibe como anterior a la libertad y donde el sujeto debe responder del otro impelido por una necesidad metafísica? El autor de este artículo critica la concepción de libertad y de amor en Lévinas. Algunos sentimientos morales como la compasión, la simpatía y el amor pierden su significación. Estamos lejos de una ética del amor; es más bien la ética de la aceptación del precepto, del mandato de ponerse al servicio del otro. En todo caso, su voz denunciadora que proclama el olvido del Otro, merece ser oída.

*Palabras clave: responsabilidad, Otro, sustitución, Ética, libertad.*



---

## LÉVINAS AND THE FREEDOM OF LOVE

---

The person is understood from its responsibility for the Other, not only as distinct from me but as being the origin of its own subjectivity. The coherence of Lévinas' thinking, his radicalness and the alternative character he wants to endow his philosophy with are undeniable. He, like no one else, has denounced the limitations of a philosophy focused on conscience and the immanent character of the main contemporary philosophical trends. Prominent are his critique of the conception of liberty as self-affirmation and autonomy, the emphasis he gives to responsibility in ethical thinking and the disparity, inaccessibility and primacy of the Other. The responsibility toward the Other is the *raison d'être* of the subject. Nevertheless, what type of responsibility is that which is conceived as previous to liberty and in which the subject must be responsible for the other forced by a metaphysical necessity? The author of this article criticizes Lévinas's conception of liberty and love. Some moral feelings such as compassion, affection and love lose their meaning. Far from an ethics of love, it is rather an ethics of the acceptance of the precept, of the command to put oneself at the service of the other. Anyhow, Levinas's denouncing voice, which proclaims the oblivion of the Other, deserves being heard.

*Keywords: responsibility, Other, substitution, ethics, liberty.*

---

Universidad de Los Andes, Santiago, Chile. Correo electrónico: [jpena@uandes.cl](mailto:jpena@uandes.cl) Este trabajo se inserta en el marco del proyecto Fondecyt-Chile (1070086): «La recepción filosófica del libro de Job: el problema del mal y el sufrimiento» del cual soy investigador responsable.

LA SUBJETIVIDAD SE MUESTRA COMO PASIVIDAD ANTES que actividad, como responsabilidad antes que libertad, diferenciada y no identificada con la conciencia. La relación con el Otro no es un accidente, una circunstancia que le acaece a la subjetividad, sino que es su elemento constitutivo.

El Otro no es otro yo, o alguien que *es* de otro modo. Si es verdaderamente otro, no puede analogarse ni compartir nada con el mismo, ni por medio de un elemento común –el ser–, ni por medio de un tiempo común: *de otro modo que ser*. Ni relación de reciprocidad o equivalencia (el otro entendido como otro yo), ni relación cognoscitiva (el otro como presencia de un objeto ante un sujeto), ni participación de un elemento común (el ser). «Para Buber, la relación entre el Yo y el Tú es contemplada, de entrada, como reciprocidad (...) El tema de la asimetría determina una manera de hablar diferente entre nosotros»<sup>1</sup>. Lévinas propone una absoluta disimetría y desigualdad en la relación, cuya razón se encuentra en la responsabilidad: el Yo está llamado a responder del Otro antes de ser, en un pasado inmemorial.

La alteridad es anterior al sujeto y lo hace responsable del otro desde un pasado inmemorial. El hombre, antes de ser, ya está asignado a responder por el otro y en esa asignación radica el sentido radical de su subjetividad. La responsabilidad por el Otro, que constituye la exigencia ética fundamental, no se impone como imperativo a una conciencia ya constituida, sino que es anterior a la misma conciencia y es su principio de individuación. La persona es entendida desde su responsabilidad por el Otro, no sólo en cuanto distinto que yo, sino en cuanto es origen de la propia subjetividad.

Lévinas se empeña constantemente en superar el plano ontológico e inaugurar una nueva categoría –*lo otro que ser, de otro modo que ser*– para dar razón de la alteridad. Esa relación con el otro no puede expresarse en términos de ser, sino de bondad. Es precisamente esta bondad, distinta o ajena al ser y a su historia, la que otorga a la subjetividad su verdadera significación. La subjetividad es siempre anterior a la conciencia; mientras la

<sup>1</sup> «La relación interpersonal que yo establezco con otro, la debo establecer con los otros hombres; hay, pues, una necesidad de moderar este privilegio del otro, y de aquí surge la justicia. Esta, ejercida por las instituciones, que son inevitables, debe estar siempre controlada por la relación interpersonal inicial». LÉVINAS, E., *Ética e infinito*, trad. de Ayuso, Jesús María, Visor, Madrid, 1991, p. 84.

conciencia supone actividad, la subjetividad está constituida por la pasividad. Esta pasividad se deriva de la condición de elegido, de la asignación previa de una responsabilidad por el otro, antes de cualquier decisión, antes de cualquier iniciativa del sujeto. «Bondad siempre más primitiva que la elección: el Bien siempre ha sido elegido previamente (...) La pasividad del uno, su responsabilidad o su dolor, no comienzan en la conciencia, o lo que es lo mismo, no tienen comienzo; al margen de la conciencia, consisten en esta pre-original imposición del Bien sobre él»<sup>2</sup>. La subjetividad aparece pendiente de un sentido que le precede y que supone una inteligibilidad anterior y previa a la del sujeto.

El sí mismo está constituido por una elección que impone un destino o vocación. No se trata de una llamada dirigida a un ser ya existente, sino que es precisamente esa llamada lo que da razón de la propia existencia del sujeto. El hombre no es libre ante ella, puesto que la libertad, el ejercicio de los propios poderes, implica la propia existencia y en este caso la llamada es anterior. El sujeto está determinado, en su pasividad original, hacia el otro. Responsabilidad no asumida sino asignada en un tiempo fuera del tiempo. Lo que diferencia a un sujeto es su destino, previo al ser. El sujeto no es el sí mismo ni el no-otro, sino el uno-para-el-otro: de otro modo que ser.

Aunque su pensamiento se conozca como «filosofía del otro», se plantea a sí misma como una filosofía de la subjetividad. Claro está, en todo caso, que esto no supone una apología del yo, sino una crítica a la idea de que el hombre se constituya a sí mismo por la vía de la autoafirmación y la autonomía. La subjetividad es el Otro en el Mismo y no el Mismo que se funda en la identidad. Propone para el hombre «un parentesco distinto de aquel que lo remite al ser, lo cual tal vez permitiría pensar esa diferencia entre mí y otro, esta desigualdad, en un sentido radicalmente opuesto a la opresión»<sup>3</sup>.

Se trata de una relación sin orden común, en la diferencia, que implica un sentido ético originario: la no-indiferencia ante el otro. Nuevamente aparece la ética como la única vía para la trascendencia, para la salida del ser. Sólo en la relación ética —de orden distinto al del conocimiento— el otro hombre permanece otro. «Que el otro en tanto que otro no sea una forma inteligible ligada a otras formas en el proceso de un «develamiento» intencional, sino un rostro, la desnudez proletaria, la miseria; que el otro (*l'autre*) sea otro (*autrui*); que la salida de sí sea el acercamiento del prójimo; que la trascendencia sea proximidad, que la proximidad sea responsabilidad por el otro, sustitución por el otro, expiación, condición —o incondición— de prisionero; que la responsabilidad como respuesta sea el Decir previo (...); he aquí algunos términos éticos por los cuales la trascendencia significa a modo de humanidad»<sup>4</sup>.

<sup>2</sup> LÉVINAS, E., *De otro modo de ser o más allá de la esencia*, trad. de Pintor Ramos, A., Sígueme, Salamanca, 1987, p. 112. A continuación lo citaremos como *AE*.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 257.

<sup>4</sup> LÉVINAS, E., *De Dieu qui vient a l'idée*, Vrin, Paris p. 33. Un texto muy semejante es el de *AE*: «La significación, el uno-para-el-otro, la relación con la alteridad, ha sido analizada en esta obra como proximidad; esta proximidad lo ha sido como responsabilidad respecto al otro y la responsabilidad con el otro lo ha sido como sustitución» (p. 26).

Proximidad, responsabilidad y sustitución son los términos claves de Lévinas para designar la relación con el otro. Por proximidad entiende desde luego algo diverso al saber y la representación, pero también ajeno a todo tipo de fusión o simbiosis. El elemento espacial es sólo de índole metafórico: lo próximo es lo que me incumbe, que afecta al sujeto aun antes de que él lo elija, aquello ante el cual es imposible guardar distancias: es el rostro del otro, en cuanto extraño y ajeno, que llama a la responsabilidad del sujeto. Proximidad y rostro están asociados en una concepción de la relación con el Otro compatible con la trascendencia. La proximidad, sólo inteligible en términos éticos, aparece como alternativa frente a la intencionalidad.

La sustitución dará un sentido más profundo a la responsabilidad: «pensar el Otro-en-el-Mismo sin pensar al Otro como un otro Mismo»<sup>5</sup>. El Otro incumbe al sujeto con anterioridad a cualquier acto del sujeto, y por tanto, de algún modo constituye al Mismo. Sólo en relación con Él alcanza el sujeto su más profundo sentido. Eso es la sustitución: pensar el Otro en el Mismo, pensar el Mismo como sustituido por el Otro.

No se trata de una generosa donación, un ponerse en lugar del otro. Antes de cualquier iniciativa del sujeto el Otro le incumbe de tal modo que es sustituido por él. El imperativo de asumir las necesidades del Otro, de hacerse cargo de su indigencia, no es asumida por el sujeto, sino que lo constituye como tal. Lo que Lévinas está proponiendo es un camino para entender la relación con el otro no a partir de la propia conciencia —el hombre como conciencia abierta al ser—, sino precisamente a partir del otro. El sujeto, «a su pesar», sostiene «todo el peso del universo», con una responsabilidad que no ha buscado sino que es inmemorial y que además le individúa. El hombre no es un ser que se hace a sí mismo en la decisión, como piensa el existencialismo, sino que desde el origen y antes de su origen tiene el rasgo definitorio de sí mismo. Si el sujeto no se reduce a la conciencia, no se forja a sí mismo, entonces «el sí mismo no puede hacerse, sino que ya está hecho de pasividad absoluta»<sup>6</sup>. El sujeto tendrá sentido desde fuera de sí mismo, a partir de la trascendencia, de lo que él llama metafísica. «La identidad de sí mismo no es la inercia de una quiddidad individuada, gracias a una diferencia específica última inherente al cuerpo o al carácter, o gracias a la unicidad de una coyuntura natural histórica. Reside en la unicidad del asignado»<sup>7</sup>. La unicidad del sujeto estriba en el carácter irremplazable de su responsabilidad por el Otro y en el que la unidad es anterior al ser: «En sí, el sí mismo es el uno o el único separado del ser»<sup>8</sup>. Esta responsabilidad es anterior al ser y la esencia, y por tanto, no se está diciendo que el sujeto alcance su plenitud en su donación generosa al otro, sino que «la subjetividad, en tanto que *lo otro dentro de lo mismo*, en tanto que inspiración, es la puesta en entredicho de toda afirmación «para sí»<sup>9</sup>. Antes de toda elección, de toda alternativa, el Otro ya reclama justicia: «Ser sin elección (...), instauración de un ser que no

<sup>5</sup> AE, p. 130.

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 170.

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 171.

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 172. «El sujeto está en acusativo ('me') sin encontrar recurso en el ser, expulsado del ser, fuera del ser, como el *uno* en la primera hipótesis del *Parménides*» (p. 178).

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 179.

es *para sí*, que es *para todos*, que es a la vez ser y desinterés (...) Este modo de responder sin compromiso previo –responsabilidad para con el otro– es la propia fraternidad humana anterior a la libertad»<sup>10</sup>.

La trascendencia que se accede a través de la sustitución no es ninguna acción o pasión de un sujeto ya constituido. Es trascendencia del ser. No se busca mediante la reminiscencia o el develamiento que serían obra del ser, sino en el pasado inmemorial, anterior al ser y al no ser, en el que el sujeto ya está asignado en su responsabilidad para con el Otro. «En todo este análisis no se busca relacionar un *ente*, que sería el Yo, al acto de sustituirse, que sería el ser del ente. La sustitución no es un acto, es una pasividad que no puede convertirse en acto, algo más acá de la alternativa de acto-pasividad (...) Ser sí mismo, de otro modo que ser, des-interesarse es cargar con la miseria y el fallo del otro e incluso con la responsabilidad que el otro puede tener respecto a mí (...) El sí mismo en su plena profundidad es rehén de un modo mucho más antiguo que es Yo, antes de los principios»<sup>11</sup>.

No cabe hablar de altruismo o egoísmo puesto que dichos actos presuponen un sujeto existente y la capacidad para actualizar las potencialidades de ese ser. Tampoco como un acto de sacrificio realizado por el «yo», ni caben consideraciones de carácter piadoso o moralizante como la generosidad propia de almas grandes, sino de la exigencia básica y fundamental de la concepción misma de la realidad. El mandato ético, la obligación por el Otro, se constituye en la raíz de la metafísica.

Aquí de lo que se trata es de la constitución del sujeto a partir de la responsabilidad para el Otro. La unicidad, sentido y significación de mi yo lo tiene el otro. «Previo a la conciencia y a la elección –antes de que la criatura se reúna en presente y representación, para convertirse en esencia– el hombre está referido al hombre. Está cosido a responsabilidades. A través de ellas, desgarrar la esencia»<sup>12</sup>. Lo que Lévinas intenta rehuir a toda costa es que la individualidad del sujeto sea establecida a partir de una conciencia intencional. En sus análisis se entremezclan el lenguaje ético con el metafísico. Por un lado, el sujeto es de entrada culpable respecto del Otro; antes de todo principio ya es culpable y asume una responsabilidad infinita para el Otro. Por otro lado, esta relación del sujeto con el Otro no se establece a partir de un Yo constituido, sino que es previa a cualquier alternativa del sujeto entre ser y no ser. El sujeto es tal no por sí mismo, por la identidad consigo mismo, sino por la responsabilidad para el otro, que le asigna esta carga antes de cualquier elección previa, y define su situación ante el Otro antes incluso de ser. Responder del otro no es renunciar a sí, efecto de la benevolencia, sino responder del otro –hasta la sustitución– es ser uno mismo. «Decir que el Yo es sustitución no es, por lo tanto, enunciar la universalidad

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 185.

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 187. Tanto en *AE* (p. 188) como en *Humanismo del otro hombre (HA)* (p. 87) Lévinas repite la frase de Rimbaud «Yo es otro». Es un intento de romper con la lógica clásica y sus primeros principios (identidad, no-contradicción); tampoco sería válida ninguna aplicación de la lógica dialéctica porque yo y otro no son términos de una oposición ni hay posible síntesis. En todo caso, se niega que el Bien y el Uno sean trascendentales del ser y es constante su apelación a otro orden: de otro modo que ser. «El sí mismo es bondad o está bajo la exigencia de un abandono de todo tener, de todo *lo suyo* y de todo *para sí*, hasta llegar a la sustitución. La bondad es el único atributo que no introduce multiplicidad en el *Uno* que es sujeto, porque es distinto del Uno» (*AE*, p. 188).

<sup>12</sup> *HA*, p. 94.

de un principio, la *quididad* de un yo, sino todo lo contrario: es restituir al alma su egoidad que no soporta ningún tipo de generalización»<sup>13</sup>. La sustitución es entonces el fundamento de la ética.

La subjetividad humana no es autonomía o autoafirmación, sino sujeción al otro; es éste quien me singulariza y me otorga la infinita tarea de ayudarlo, de ponerme a su servicio, de desvivirme.

José María Aguilar ha mostrado con agudeza y erudición el carácter radicalmente paradójico de la filosofía de Lévinas: «Lo más próximo es lo más ajeno; lo que más me incumbe es lo que no he elegido; lo que más deseo es lo que no alcanzo; la pasividad funda la actividad; el tiempo más antiguo es el que me urge; lo que me trasciende de modo absoluto es lo que constituye mi subjetividad. Es el empeño titánico de todo el pensamiento de Lévinas: evitar el monismo sin caer en la monadología, conseguir que el punto de fisura sea, a la vez, el punto de sutura. Esta es la raíz última, su más profunda inspiración: dar razón de la alteridad y la trascendencia, tendiendo al mismo tiempo el puente entre el sujeto y el Otro que le trasciende. La fuerza de su pensamiento radica en que, cuanto más asegura la trascendencia del Otro, más íntimo lo hace al sujeto»<sup>14</sup>. Lo propio de un pensamiento paradójico es moverse entre dos extremos. Por un lado, está el pensamiento en torno al ser, el tiempo, la sincronización y la reunión de todo saber como horizonte de la filosofía; esta opción para Lévinas ya ha sido transitada por Occidente: encierra al sujeto en la totalidad, bloquea el camino a la trascendencia e implica la violencia sobre el Otro. Por otro lado discurre su tentativa de una relación original con el Otro, irreductible a categorías, inefable, intraducible conceptualmente, excepcionalidad sin regla, anacronía de lo no reunificable.

### La libertad del amor

Es innegable la coherencia del pensamiento de Lévinas, su radicalidad y el carácter alternativo que quiere darle a su filosofía. Como pocos ha denunciado las limitaciones de una filosofía centrada en la conciencia y el carácter inmanente y cerrado de las principales corrientes filosóficas de nuestro tiempo. Destaca su crítica a la concepción de libertad como autoafirmación y autonomía, el énfasis de la responsabilidad en el pensamiento ético y la desigualdad, altura y primacía del Otro. La responsabilidad para con el Otro es la razón de ser del sujeto. Es verdad que saltan por los aires las leyes de la lógica formal puesto que hay otro modo que ser por encima de la alternativa entre ser y no ser; asimismo el principio de identidad se relativiza desde el momento en que el principio constitutivo del sujeto está en el Otro y la ipseidad se sustituye por la «illegibilidad»; poco queda del principio de causalidad postergado ante una pasividad originaria anterior a cualquier acto del sujeto.

Sin embargo, ¿se puede afirmar sin ambages que *toda* la filosofía occidental está sumida en la inmanencia y que toda concepción del yo es egología que desemboca en egoísmo

<sup>13</sup> AE, p. 200.

<sup>14</sup> AGUILAR LÓPEZ, José María, *Trascendencia y alteridad. Estudio sobre E. Lévinas*, EUNSA, Pamplona, 1992, p. 133.

y dominación? ¿Es verdad que todo pensamiento fundado en el ser es ciego ante la alteridad? ¿Puede admitir un metafísico el que se adopte como sinónimo esencia y ser y que sólo se tenga en cuenta la distinción entre ser y ente propuesta por Heidegger? ¿Acaso no puede fundamentarse la alteridad en la analogía de la noción de ser y en la consideración del otro como otro yo? ¿Por qué la alteridad se ve sólo salvaguardada si la consideramos como lo *absolutamente* otro y no simplemente como lo *realmente* otro? ¿Por qué deben identificarse subjetividad y conciencia de modo que su relación necesariamente deba oscilar entre una simple confusión o una completa separación? ¿Inmanencia y trascendencia son tan absolutamente excluyentes y alternativos o cabe pensar la subjetividad a la vez como inmanente y trascendente, tautológica y heterológica, de modo que no sea propio de la subjetividad ni una identidad cerrada ni una trascendencia enajenada? ¿Qué tipo de responsabilidad es aquella que se concibe como anterior a la libertad y donde el sujeto debe responder del otro impelido por una necesidad metafísica? ¿Por qué toda introversión, reflexividad, autopresencia, es siempre egoísmo o manifestación de egoísmo latente y de un implícito deseo de dominación? ¿Acaso no queda devaluada una culpabilidad de entrada y una conciencia reflexiva que siempre e inevitablemente es «mala conciencia»? Son preguntas que legítimamente pueden hacerse y que abren posibilidades a otras soluciones distintas a las categóricas y abruptas propuestas de Lévinas. No es nuestra intención entrar al análisis de estas interrogantes planteadas, sino exponer con lealtad las líneas generales de un empeño filosófico distinto y aprovechable en muchos aspectos. Sólo quiero detenerme en lo que he denominado la libertad del amor.

Consignemos en primer lugar lo reactivo que es Lévinas a la utilización de la palabra amor. Cuando lo hace, lo hace de modo vergonzoso, tímido, con muchas aclaraciones y digresiones explicativas: el término le molesta o le trae asociaciones emotivas difusas y sentimentales. Creemos que no es un hecho casual, sino que denota algo más profundo y que marca una clara distancia respecto al cristianismo. Por ello es interesante analizar el concepto de amor y de libertad que maneja Lévinas.

Existe semejanza entre la concepción proustiana y levinasiana del amor interpersonal. El posible puente entre el Yo y el Otro a través del amor es dinamitado por Lévinas, está condenado irremediabilmente al fracaso. Se sale en busca de un complemento y se encuentra lo irreductible. Se quiere un cuerpo que se entregue a uno o un alma que se una a la propia y lo que se encuentra es la obsesiva proximidad de un rostro y una distancia infranqueable. Se vive «la posesión siempre imposible de otro ser» (Proust), donde el ser amado continúa obstinadamente exterior al sujeto. Es una derrota, el intento desesperado de superar la incomunicabilidad. «Pero la enseñanza profunda de Proust –si la poesía trae consigo enseñanzas– consiste en situar lo real en una relación con lo que es para siempre otra cosa, con el otro entendido como ausencia y misterio»<sup>15</sup>. Por eso no extraña que diga que «el acontecimiento metafísico de la trascendencia, el recibimiento del Otro, la hospitalidad –Deseo y Lenguaje– no se realiza como amor»<sup>16</sup>, y añada: «el amor no trasciende

<sup>15</sup> LÉVINAS, E., *Noms Propres*, Fata Morgana, Montpellier, 1975, «L' autre dans Proust», p. 156.

<sup>16</sup> LÉVINAS, E., *Totalidad e infinito*, trad. de Daniel E. Gillot, Sígueme, Salamanca, p. 265.

sin equívocos, se complace, es placer y egoísmo de dos»<sup>17</sup>. Sólo hay revelación del otro cuando se pierde la iniciativa propia.

Debemos preguntarnos qué concepto de libertad está operando en lo planteado por Lévinas respecto a esta responsabilidad ineludible anterior a cualquier elección o decisión del sujeto. Este no poder sustraerse a la responsabilidad, ¿no es acaso una servidumbre? ¿Cómo es esa pasividad preoriginaria del sujeto anterior o más allá de libre o no-libre? «Una pasividad absoluta –en la que el término determinante no se presenta jamás a lo determinado, ni siquiera en el recuerdo– equivale al determinismo. ¿Está entonces, el determinismo más allá de la libertad y de la servidumbre? Sin duda. Pero la subjetividad está más acá de la alternativa determinismo-servidumbre (...) Pero el carácter sometido de la responsabilidad que desborda la elección –de la obediencia anterior a la presentación o representación del mandato que obliga a la responsabilidad– es anulado por la bondad del Bien que manda. El que obedece reencuentra, más acá del sometimiento, su integridad. La responsabilidad indeclinable y, sin embargo, nunca asumida con entera libertad es el bien»<sup>18</sup>. El hombre originariamente está asociado al Bien, «ha sufrido el bien» y está dominado por un Bien que no ha escogido, previo a cualquier decisión.

De modo que no soy yo quien en primer término es egoísta o desinteresado, sino que es el rostro en su desnudez lo que me hace desinteresarme de mí mismo. El bien me viene de afuera, lo ético me cae de arriba y «el Otro me concierne a mi pesar»<sup>19</sup>, me manda y comina, me acosa y compromete. Puedo volverle las espaldas pero no puedo dejar de oírlo. Ejerce sobre mí lo que podríamos llamar una *violencia ética*. El bien se apodera de mí y se me impone sin mi consentimiento, me elige antes de que yo lo haya elegido. El mal es incapaz, aunque éste sea su designio, de librarme de esta sujeción al rostro del otro. «*La pasividad en la que el Bien es, no se convierte en eros; nada suprime en esta pasividad, la huella de lo Otro (Autre) en su virilidad para conducir lo Otro (Autre) al Mismo (Même)*. El vínculo anárquico entre el sujeto y el Bien –lazo que no puede anudarse con la asunción de un principio que, no importa cómo, se haría presente al sujeto en la elección– se habría establecido sin que el sujeto haya tenido voluntad, sin que ello suponga la constitución del «instinto divino» de la responsabilidad, la constitución de «una naturaleza altruista o generosa» o de una «bondad natural». El vínculo pone en relación con un afuera»<sup>20</sup>.

El denominado «amor al prójimo» es lo que constituye la subjetividad, la condición humana. No es un designio ascético, un programa de benevolencia, sino un drama y una fatalidad. La bondad de una acción no resulta de un «yo quiero» en el que tradicionalmente se reconoce una actividad virtuosa. Ajena a toda especie de voluntad, se enraíza en una pasividad en la cual no estamos acostumbrados a ver nacer los valores. El otro incumbe y urge al sujeto desde un pasado inmemorial: siempre se llega con retraso a este requerimiento y siempre se está en deuda. Cualquier empatía con el otro ya supone un sujeto constituido,

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 276.

<sup>18</sup> *HA*, p. 73.

<sup>19</sup> *Ibidem*, p. 79.

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 77.

y como hemos visto, la relación con el otro parte de la suprema pasividad del sujeto en la que no cabe tomar ninguna iniciativa. Para Lévinas cualquier forma de relación con el otro que suponga la previa constitución del sujeto, o incluso la simultaneidad del sujeto con el otro no es asimilable a la relación original con el otro.

De este modo pierden su sentido y significación sentimientos morales como la compasión, la simpatía, y en definitiva, el amor. Porque en último término nada indica mayor liberalidad, nada es más libre que el amor. Pero para Lévinas es el otro quien elige al sujeto, quien le asigna desde un pasado inmemorial la obligación de responder por él. Aquí encuentra todo su sentido la noción de creación que maneja Lévinas, muy distinta a una donación de ser por el *Ipsum Esse* de la teología cristiana, y según la cual todo llega a la existencia a partir de una elección previa de Dios: cuando las cosas son llamadas a ser, todavía no son (*ex nihilo*). Y en la relación del hombre con Dios se responde a una llamada previa a cualquier iniciativa del sujeto: «el sujeto es elegido guardando la huella de esa elección»<sup>21</sup>. Se trata de una llamada, se es elegido y la libertad es posterior a la responsabilidad: «el rostro del prójimo significa para mí una responsabilidad irrecusable que antecede a todo consentimiento libre, a todo pacto, a todo contrato»<sup>22</sup>.

La revelación de Dios es al mismo tiempo donación de la Torah y revelación de la auténtica humanidad creatural del hombre. Estamos lejos de una ética del amor; es más bien la ética de la aceptación del precepto, del mandato. El amor es siempre algo posterior, derivado, no libre ni gozoso. Estamos condenados a atender al Otro; esa decisión no nace de una libertad electiva sino de una fatalidad metafísica originaria<sup>23</sup>, respecto a la cual la moral de las buenas intenciones, del altruismo y la benevolencia natural forma parte de lo que Lévinas denominó «bobería moral»<sup>24</sup>.

No me parece que se pueda llamar amor a este estar condenado a amar. El amor es el acto más libre y más propio nuestro, es el peso de nuestra libertad, *amor meus pondus meus*, y decía San Juan de La Cruz en el ocaso del sol se nos juzgará en el amor y por el

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 75. Con frecuencia Lévinas, tanto en los escritos judaicos como filosóficos, emplea la expresión bíblica «heme aquí», poniendo de manifiesto la total disponibilidad del sujeto respecto del Otro. «Aquí estoy, porque me has llamado» (I Reyes 3, 9). También podría haber echado mano a escritos paulinos: «Antes de la constitución del mundo te elegí (...)», pero nunca Lévinas citará, por principio, una frase del Nuevo Testamento aunque perfectamente pudiera venir en su ayuda. La crítica de Lévinas a la teología de la creación cristiana será por su sujeción a un modelo ontológico y la ontología implica una comprensión de la subjetividad humana en la que sólo es inteligible como parte de una totalidad. Así su punto de partida será la «separación» y, en lo que respecta a Dios, el «ateísmo». Éstos son considerados como el presupuesto de «una fe purificada de los mitos» para una «relación verdadera con el Dios *kath' autó*». «Las Sagradas Escrituras no significan por el dogmático relato de su origen sobrenatural o sagrado, sino por la expresión del rostro del otro hombre antes de que se haya disimulado o se haya dado una pose, al que iluminan» (*El*, p. 109).

<sup>22</sup> *AE*, p. 150.

<sup>23</sup> Son ilustrativas al respecto dos notas a pie de página de Lévinas —la 13 y 16— de *Humanismo y Anarquía*: «Sartre ha hablado del sujeto *condenado* a la libertad. El sentido de esta *condena* es lo que describen las páginas que siguen» (*HA*, p.72); «¿Dónde ocultarme? ¡Huyamos en la noche infernal! ¿Pero, qué estoy diciendo? Mi padre tiene la urna fatal» dice Racine en *Fedra* en la que la responsabilidad de la responsabilidad es una fatalidad. Pero la paternidad del Bien se percibe en su posibilidad: «Yo no te abandonaré, ni te dejaré» le dice a Josué el Eterno, según la Biblia: el imposible divorcio es aquí el supremo refugio» (*Ibidem*, p. 75).

<sup>24</sup> La frase de *AE*: «Ya es hora de denunciar la confusión entre necesidad y moral».

Amor. Ramón Llull, perteneciente a otra tradición, la cristiana, en sus soliloquios consigna este diálogo: «Dime loco, ¿qué es el amor? y el loco contestaba: aquello que hace libres a los esclavos y esclavos a los libres»<sup>25</sup>. Efectivamente amar tiene esta dimensión de sacrificio, de dejar ser uno el amo y señor, de exponerse con abandono a todo resguardo, de sometimiento y dependencia de quien se ama. Las descripciones de Lévinas destacan sobre todo esta servidumbre metafísica, el abandono y pasividad absoluta del sujeto, ya no frente al amado sino respecto del rostro indigente del otro, de quien no puedo desviar mi mirada ni desoir su súplica. Pero, en la tradición cristiana, el amor es ante todo una actividad, la actividad más libre y más propia nuestra, aquella que nos define y respecto a la cual nos identificamos. A nadie se le puede obligar a amar. Por tanto, si bien tiene esta dimensión de sacrificio, de posponerse a sí mismo, se tratará siempre de algo que se hace libremente, gozosamente, con alegría, encontrando en esa entrega y olvido de sí la propia identidad y lo mejor de uno mismo.

Aunque coincidente en gran medida, Lévinas pertenece a otra tradición. Todo seguir la propia inclinación, toda tendencia natural, actividad e inclinación del sujeto, pertenecen al Mismo y son sospechosos de egoísmo, de ruin cálculo, de ilegítimo retorno a sí mismo. Una oculta complacencia, un egoísmo enmascarado de generosidad y amor, hacen que dichos «actos» no sean propiamente éticos sino que son rodeos de un Ulises para retornar a la isla natal y desconocer al Otro. Resuena el eco kantiano de la absoluta pureza de intenciones y el recelo a toda inclinación o tendencia inscrita en una naturaleza y teleológicamente orientada. Mantener esta libre orientación a lo Otro, sin retorno, es lo que Lévinas llamó la Obra. «*La Obra pensada con radicalidad es un movimiento del Mismo hacia lo Otro que no retorna jamás al Mismo*. La Obra pensada hasta el fin exige una generosidad radical del movimiento que en el mismo va hacia lo Otro. Exige, por tanto, una *ingratitude* por parte de lo Otro. La gratitud sería el retorno del movimiento a su origen (...) La Obra se perfila al margen de la «delectación amorosa», del fracaso y del consuelo, términos a través de los que Nietzsche definió al cristianismo»<sup>26</sup>. Lévinas parece hacer suya esta acusación de Nietzsche y su planteamiento quiere evitar tal impugnación. Nada de esperar reciprocidad –exigencia propia del amor– pues sería índice de una falta de rectitud de intención en el impulso generoso y «el sujeto reduciría la obra a cálculos sobre déficits y sobre compensaciones, a operaciones contables». Un aire glacial emana de estas consideraciones utópicas de Lévinas respecto a la intencionalidad o no intencionalidad del sujeto.

Pero es verdad que, en cierto modo, nada es más molesto que el prójimo, sobre todo, cuando entre el sujeto y el Otro no hay ningún puente que tienda el amor, la simpatía o el afecto. En Lévinas no hay ningún rastro de cordialidad, bondad natural, piedad o generosi-

<sup>25</sup> LLULL, Ramón, *Libre del Amic e l'amat*, trad. de Zaragüeta, J., Aguilar, Madrid, 3ª ed., 1981, p. 106: «Fatuó, ¿qué cosa es amor?» Respondió «que amor es aquella cosa que pone en servidumbre a los libres y da libertad a los siervos; y de aquí se origina la cuestión sobre si el amor es más cercano a servidumbre o si a libertad».

<sup>26</sup> HA, p. 39. «La Obra, en tanto que orientación absoluta hacia lo Otro (*Autre*) –en tanto que sentido– no es posible más que en la paciencia, que, llevada hasta sus últimas consecuencias, significa para el Agente: renunciar a ser el contemporáneo de los resultados, actuar sin entrar en la Tierra Prometida» (p. 40). A este especie de juventud radical del impulso generoso Lévinas le va a llamar liturgia.

dad que nos lleve a socorrer a nuestros «semejantes», ni siquiera la más mínima inclinación natural o ternura. Hay ética en Lévinas, pero nada de esa moral del sentimiento empeñada en rehabilitar al hombre situando cierta benevolencia entre sus afectos naturales. La moral en mí no proviene de mí, es exterior a mí, algo extraño a mí y me obliga a una conversión, a un volteamiento de mi inclinación natural. Soy molestado, expulsado de mi vivir natural e inocente, e invocado, por la intrusión de otro, a una responsabilidad que no elegí ni quise. En la ética no hay nada natural, sino que es toda mi naturaleza la que es puesta en tela de juicio por el rostro del Otro: ya no puedo vivir naturalmente, inocentemente. La proximidad del otro, al que estoy atado y obligado, es pesada, abrumadora, obsesiva, acusadora. El otro me impide ser yo mismo y me exige ser para él. No amo naturalmente al prójimo, sino que es éste el que me incumbe, fastidia, hostiga y abruma; en definitiva, el que me hace violencia para que le sirva. Desde el principio, como hemos visto, soy servidor del prójimo, ya retrasado y culpable de ese retraso. Nada hay en mí que me lleve a amar al prójimo, sino que ordenado desde fuera me es impuesto como un deber, y me ocasiona un fuerte traumatismo del que no sé cómo sustraerme. No es que sea yo que en virtud de un impulso generoso vaya hacia el otro, sino que es el otro quien golpea la puerta, entra por la ventana y viene a arruinar mis intenciones y mi paz.

Dirá Finkielkraut, buen conocedor de Lévinas: «Se desdibuja hasta la afectación la cuestión moral cuando se atribuye el papel activo a aquel que ama. El prójimo me incumbe antes de que mi corazón o mi conciencia hayan podido tomar la decisión de amarlo. El rostro, en él, es esa potencia prescriptiva que me despoja de mi soberanía y me obliga a una pasividad radical. Amor, si se quiere, pero amor a regañadientes; amor que nos pone a prueba; amor que es el nombre más corriente de la violencia con que el otro me desaloja, me persigue y hostiga hasta los rincones más recónditos de mí mismo. De ahí la agresividad que puedo sentir por ese personaje indiscreto, por esa ausencia *indeseable*: el prójimo; de ahí, en una palabra, el mal»<sup>27</sup>. No cabe duda que hay aciertos fenomenológicos en esta descripción y vetas de verdad en esa deposición del soberano que no quiere perder el control, dominio y autonomía. Sin embargo, amor y violencia, amor a regañadientes, dependencia de alguien que hostiga y abruma, no son notas que asociamos al amor, que, como tal, es libre, gozoso, afirmativo. El hombre que ama no se siente libre si no está la persona amada.

Lévinas está inmerso en la concepción moderna de libertad concebida como autonomía, independencia, pero junto a ella y en dirección contraria, aparece la obligación de no seguir esa vía por lealtad a esa religación originaria con el otro. Frente al otro mi vida se ve acusada, ya no puedo vivir a mis anchas, son postergados mis anhelos de realización y ya no puedo desplegar libremente mis propios objetivos y aspiraciones. Ya no puedo encontrar la justificación de mi vida en mí mismo, en mis criterios, principios e ideas.

En la concepción clásica de libertad, en cambio, ser libre no es ser independiente sino depender de quien se ama. La libertad es un medio para amar y no un fin que se reivindica para sí mismo. A su vez Dios no es lo Otro absolutamente y que además está delante, sino

<sup>27</sup> FINKIELKRAUT, Alain, *La sagesse de l'amour*, Gallimard, Paris, 1984; trad. al castellano de Báez, Alfredo, Gedisa, Barcelona, 1986, p. 107.

que está en el interior, dentro de uno mismo, y empeñado en el desarrollo de las propias potencialidades que sólo podrán actualizarse en la libre entrega de uno mismo a Él. Dios me ha dado el ser y espera que libremente –por amor– se lo devuelva. Pero esta es otra tradición que hemos abordado en otro lugar<sup>28</sup>. La libertad moderna y la autonomía nos centran en nosotros mismos, y el ideal de autenticidad y autorrealización exige que descubramos y articulemos nuestra propia identidad. Pero nuestra identidad, nos dice Lévinas, se encuentra en el Otro.

Nos admira la fuerza del planteamiento de Lévinas aunque se apegue al exclusivismo de una tradición y muchas veces sea el reverso trascendente de Heidegger. Nada de planteamientos postmodernos de pensamiento débil, ligeros y lúdicamente esteticistas. A finales del siglo XX, su voz denunciadora proclama el olvido del Otro y merece ser oída\*.

## Bibliografía

AGUILAR LÓPEZ, JOSÉ MARÍA, *Trascendencia y alteridad. Estudio sobre E. Lévinas*, Eunsa, Pamplona, 1992.

FINKIELKRAUT, ALAIN, *La sagesse de l'amour*, Gallimard, Paris, 1984; trad. al castellano de Báez, Alfredo, Gedisa, Barcelona, 1986.

LÉVINAS, E., *De otro modo de ser o más allá de la esencia*, trad. de Pintor Ramos, A., Sígueme, Salamanca, 1987.

....., *De Dieu qui vient a l'idee*, Vrin, Paris.

....., *Ética e infinito*, trad. de Ayuso, Jesús María, Visor, Madrid, 1991.

....., *Noms Propes*, Fata Morgana, Montpellier, 1975, «L' autre dans Proust».

....., *Totalidad e infinito*, trad. de Gillot, Daniel E., Sígueme, Salamanca.

LLULL, RAMÓN, *Libre del Amic e l'amat*, trad. de Zaragüeta, J., Aguilar, Madrid, 3ª ed., 1981.

PEÑA VIAL, JORGE, «Felicidad y amor en la mística cristiana» en *Scripta Theologica*, Facultad de Teología, Universidad de Navarra, vol. XXV-Fasc. 3, Sept-Diciembre, 1993, pp.1093-1114. También publicado en *Estudios Públicos*, nº 57, verano 1995, Santiago de Chile, pp. 305-325.

<sup>28</sup> PEÑA VIAL, Jorge, «Felicidad y amor en la mística cristiana», en *Scripta Theologica*, Facultad de Teología, Universidad de Navarra, vol. XXV-Fasc. 3, Sept-Diciembre, 1993, pp. 1093-1114. También publicado en *Estudios Públicos*, nº 57, verano 1995, Santiago de Chile, pp. 305-325.

\* Artículo recibido: 25 de marzo de 2010. Aceptado: 26 de abril de 2010.